

## “Un timbre de gloria”: los lazos institucionales y discursivos entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y América Latina durante el franquismo (1939-1975)\*

*“Crowning glory”: Institutional and discursive bonds between the Spanish National Research Council and Latin America during the Franco regime (1939-1975)*

Alba Fernández Gallego\*\*

### RESUMEN

El presente artículo analiza los lazos culturales y académicos que estableció España con América Latina a través del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, uno de los organismos científicos oficiales del régimen franquista. En primer lugar, se estudiará la forma en que se organizó la investigación en torno al americanismo en los centros del Consejo, tanto su personal como los temas privilegiados. En segundo lugar, se analizará el tipo de lazos que fueron forjando los centros del CSIC con otros organismos americanos. Por último, se examinará el discurso impulsado desde sus publicaciones, tanto monográficas como periódicas.

**Palabras clave:** CSIC, americanismo, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Escuela de Estudios Hispanoamericana, franquismo, relaciones culturales, historia de la historiografía, historia intelectual.

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de investigación PGC2018-096461-B-C41, titulado “La Sociedad Urbana en España, 1860-1983. De los Ensanches a las Áreas Metropolitanas, Cambio Social y Modernización”. El proyecto ha sido financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España. Agradezco a Adela Alija y Juan Luis Carrellán sus comentarios y observaciones a la primera versión de este texto en el marco del XV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea en Córdoba.

\*\* Personal Investigador en Formación en la Universidad Complutense de Madrid, España, correo electrónico: [albaf05@ucm.es](mailto:albaf05@ucm.es), ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0187-2930>.

## ABSTRACT

This article analyzes the cultural and academic connections that Spain established with Latin America through the Spanish National Research Council (CSIC), one of the official scientific organizations of the Franco regime. First, we will discuss how research on Americanism was organized within the CSIC's research centers, including the personnel involved and the focus on specific topics. Second, we will examine the relationships that CSIC centers developed with other organizations in the Americas. Finally, we will explore the discourse promoted by CSIC publications, both in terms of monographs and periodicals.

**Keywords:** CSIC, Americanism, Gonzalo Fernández de Oviedo's Institute, Hispano-American Studies School, Franco regime, cultural relationships, history of historiography, intellectual history.

**Recibido:** julio 2022.

**Aceptado:** marzo 2023.

## Introducción

“La colonización de América constituye para España un timbre de gloria sin igual en la Historia, porque ninguna otra nación ha logrado dar vida a una nueva raza que, esparcida por los Estados hispanoamericanos, soberanos e independientes, proclaman, y proclamarán siempre, la inagotable vitalidad de la madre Patria”<sup>1</sup>.

España ha mirado a América Latina de formas muy diversas a lo largo de su historia, pero fue a finales del siglo XIX cuando se incrementó el interés de los intelectuales por los términos de relación establecidos entre ambas. El llamado “desastre del 98” acabó por propiciar que estos debates diesen el salto al espacio público y que las instituciones tomaran las riendas a la hora de impulsar nuevas relaciones culturales<sup>2</sup>. Muy pronto se produjeron divergencias a la hora de entender al “otro” y, en el plano teórico, se crearon dos polos opuestos, representados por conceptos antagónicos. El primero, denominado hispanoamericanismo, se construyó en claves de igualdad buscando los nexos de unión, fruto de un interés científico y cultural. Fue amparado por la intelectualidad de corte más liberal, especialmente desde la Universidad de Oviedo y la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), a través de su Centro de Estudios Históricos<sup>3</sup>. Por otro

---

<sup>1</sup> Cristóbal Bermúdez Plata, *Catálogo de documentos de la Sección Novena. Volumen I. Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Luisiana, Florida y México* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1949), 9.

<sup>2</sup> Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica. Ediciones Cultura Hispánica y otras publicaciones: estudios y catálogos (1944-1980)* (Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Fundación Mapfre Tavera, 2003), 23.

<sup>3</sup> Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio, «Los estudios americanistas y la JAE» en *Tiempos de investigación JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, ed. por Miguel Ángel Puig-Samper (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007), 129-134; José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de*

lado, se encontraba la Hispanidad que, desde un acentuado paternalismo, reivindicó una supuesta tarea civilizadora de España en América<sup>4</sup>. Su conceptualización se debió, principalmente, a Ángel Ganivet, quien planteó la necesidad de un entendimiento peninsular consensuado y estable más allá de las circunstancias políticas, y a Ramiro de Maeztu, quien resignificó el término vinculándolo con el catolicismo de forma que terminó siendo apropiado por la facción conservadora<sup>5</sup>.

Fue esta última visión la que se impuso tras el final de la Guerra Civil y la instauración de un nuevo orden académico franquista. Su ideario, construido como oposición a lo anterior, no era nuevo, sino que bebía de los debates producidos en el siglo XIX. Se fue construyendo una “sensibilidad” científica antiliberal y antimoderna que cristalizó en el nacionalcatolicismo, eje conductor de la producción intelectual. Muestra de ello es la cita inicial, donde se expresa cómo el pasado español en América no solo constituye un “timbre de gloria” para la patria española, sino que también se proclama la creación de una “nueva raza”. Por su parte, la acción cultural adquirió un carácter instrumental, subordinándose a los requerimientos de la política exterior<sup>6</sup>. El régimen pretendió legitimarse a través de los usos de su pasado histórico<sup>7</sup>. A diferencia del fascismo o el régimen nazi, el franquismo no concedió gran importancia a la antigüedad clásica, sino que marcó como hitos nacionales el reinado de los Reyes Católicos, la denominada “conquista” de América, el Derecho indiano, el catolicismo social y la época del Imperio español. De todas las disciplinas, el americanismo fue la que estuvo más presente en el discurso público, ya que fue esencial para desarrollar una diplomacia cultural en torno a América Latina y sus relaciones con España, una de las herramientas del régimen para mejorar su imagen internacional. Muestra de ello fue la creación, en 1940, del Consejo de la Hispanidad (desde 1945 Instituto de Cultura Hispánica), que se constituyó en la plataforma destinada a concentrar la propaganda ideológica y cultural del régimen en América.

Paralelamente a estos usos públicos del americanismo, las referencias a la Hispanidad terminaron impregnando la retórica tanto educativa como científica. El Proyecto de Ley sobre Reforma Universitaria de 1939, nada más concluida la guerra, sentó un nuevo modelo de universidad donde se propugnaba una “revitalización histórica de la Universidad española por su

---

*Estudios Históricos, 1910-1936* (Madrid: Marcial Pons / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006); Palmira Vélez, *La historiografía americanista en España, 1755-1936* (Madrid: Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2007).

<sup>4</sup> Para su uso en la prensa franquista durante la guerra civil, véase: Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado, *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e Imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española* (Madrid: CSIC, 1988).

<sup>5</sup> Ángel Ganivet, *Idearium español* (Granada: Viuda e hijos de Sabatel, 1897); Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad* (Madrid: Gráfica Universal, 1934).

<sup>6</sup> Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992), 3.

<sup>7</sup> Carlos Forcadell y Juan José Carreras, *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza / Marcial Pons, 2003).

plena compenetración con el ideal de la Hispanidad”, y se incitaba a desarrollar en los estudiantes “aquellos fundamentos ideales de la Hispanidad, base de la cultura auténtica española y del sentido tradicional y católico de nuestro pensamiento imperial”<sup>8</sup>. Pocos meses después, el 24 de noviembre de 1939 se creaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que tuvo entre sus finalidades el fomento, orientación y coordinación de la investigación científica nacional<sup>9</sup>. La presidencia correspondió al ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, mientras que José María Albareda, destacado miembro del *Opus Dei*, ocupó la Secretaría General. La ruptura con su predecesora, la Junta para Ampliación de Estudios, fue clara, ya que se reivindicaba la creación de una cultura universal amparada en la Hispanidad, planteada en claves muy distintas al periodo anterior.

No es inocente que la ley fundacional del CSIC se abriese, precisamente, con una referencia tan directa: “En las coyunturas más decisivas de su historia concentró la Hispanidad sus energías espirituales para crear una cultura universal. Esta ha de ser, también, la ambición más noble de la España del actual momento que, frente a la pobreza y paralización pasadas, siente la voluntad de renovar su gloriosa tradición científica”<sup>10</sup>. La investigación científica debía contar entre sus objetivos con “formar un profesorado rector del pensamiento hispánico” y “vincular la producción científica al servicio de los intereses espirituales y materiales de la Patria”<sup>11</sup>. Se hacía así patente la subordinación de la ciencia al dogma católico y a los intereses del nuevo régimen. La educación y la ciencia debían servir como aglutinante para la unidad política, como forjadora del espíritu nacional, como servicio al Estado y como impulso a la grandeza de la Patria. En el acto inaugural del Consejo, el 28 de octubre de 1940, se destacó la necesidad de formar investigadores así como el establecimiento de un sistema de becas e intercambio con centros extranjeros, y el contacto con las corporaciones legales para la realización de planes conjuntos de actividades. En concreto, se subrayó el deseo de establecer estrechas relaciones con Hispanoamérica, si bien de estas afirmaciones se desprendía un aire paternalista: “llevándoles la verdad científica y el cariño materno de España, bajo el signo de la Cruz y en la máxima inteligencia a que obliga la comunidad de lengua, de cultura y de sentimientos”<sup>12</sup>. Quedaban así establecidas las líneas que iban a marcar las relaciones con América Latina y los debates en torno

---

<sup>8</sup> “Orden de 25 de abril de 1939”, *Boletín Oficial del Estado*, nº 117, 27 abril 1939, 2265-2266.

<sup>9</sup> José Manuel Sánchez Ron, *El Consejo Superior de Investigaciones Científicas: una ventana al conocimiento (1939-2014)* (Madrid: CSIC, 2021).

<sup>10</sup> “Ley de 24 de noviembre de 1939 creando el Consejo Superior de Investigaciones Científicas”, *Boletín Oficial del Estado*, nº 332, 28 noviembre 1939, 6668.

<sup>11</sup> *Idem*.

<sup>12</sup> CSIC, *Memoria de la Secretaría General, 1940-1941* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942), VII.

al Hispanismo, que desde el exilio se pondría en entredicho, reivindicando un hispanoamericanismo libre de las servidumbres de la hispanidad franquista<sup>13</sup>.

Atendiendo a este contexto en el que el americanismo ocupó un papel central en la construcción del discurso del régimen franquista, el objetivo de esta propuesta es ofrecer una primera aproximación a las relaciones culturales y académicas que se establecieron entre España e Iberoamérica a través de uno de los organismos científicos oficiales del nuevo Estado: el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Esto se llevará a cabo mediante el análisis de dos de sus centros, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (EEHA) y el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo de Historia Hispanoamericana, así como de sus publicaciones. En primer lugar, se abordará la forma en que se organizó la investigación en torno al americanismo en los centros del Consejo, así como los temas o periodos privilegiados por la historiografía, lo que puede ofrecer una perspectiva más concreta de la visión imperante sobre dicho pasado. En segundo lugar, se analizará el tipo de lazos que fueron forjando los centros del CSIC con otros organismos americanos, materializados principalmente en el intercambio bibliográfico, la creación de becas de intercambio o la creación de centros coordinados. Por último, se examinará el discurso impulsado desde sus publicaciones, tanto monográficas como periódicas, una forma de aproximarse a cómo se entendía la relación entre ambos espacios no exclusivamente desde la oficialidad del régimen, sino también desde las propias lógicas de la práctica historiográfica.

### **Hacia un americanismo académico: los nuevos centros del Consejo**

En el momento de su creación, el CSIC organizó su actividad en torno a seis patronatos, una Junta Bibliográfica y una Comisión Hispanoamericana<sup>14</sup>. Cada patronato estaba dedicado a un área específica del conocimiento y se dividía, a su vez, en institutos. El que albergó un mayor número de ellos fue el Patronato Marcelino Menéndez Pelayo, de Humanidades. En él se incluyeron los estudios americanistas, proyectados desde su vertiente historiográfica a través del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, de Historia Hispanoamericana, aunque más adelante fue incorporando otros análisis. Esta creación es un claro síntoma de la importancia del americanismo, ya que existía otro instituto dedicado en exclusiva a la Historia, el Jerónimo Zurita. El hecho de que se diese forma a otro, específicamente para explorar el pasado común entre España y América, refleja la importancia que el nuevo organismo otorgó a la Hispanidad como eje vertebrador de su misión científica.

El Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo estableció su sede en Madrid, algo que respondía al centralismo que desarrolló el Consejo. No hay que olvidar que Madrid era un polo de atracción

---

<sup>13</sup> José María López Sánchez, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Los libros de la Catarata, 2013), 249.

<sup>14</sup> “Decreto de 10 de febrero de 1940 regulando el funcionamiento del Consejo Superior de Investigaciones Científicas”, *Boletín Oficial del Estado*, nº 48, 17 febrero 1940, 1201-1203.

para todo aquel que quisiera seguir una carrera académica, ya que la Universidad Central era la única que podía conceder el título de doctor. Fue en 1943, con la Ley sobre ordenación de la Universidad española, cuando la potestad de otorgar títulos de Licenciado y Doctor se amplió al conjunto de las universidades españolas, aunque todavía debían ser juzgadas en Madrid por un tribunal de cinco catedráticos<sup>15</sup>. Sin perder esto de vista, lo cierto es que el americanismo había tenido menos fuerza en Madrid<sup>16</sup>, mientras que fue en Sevilla donde se desarrolló un importante núcleo de trabajo que rebrotó después de la guerra. Esto, unido a la creciente fuerza de estos estudios y sus actividades, hizo que muy pronto, en 1941, el Fernández de Oviedo crease una Sección Hispanoamericana en Sevilla. Desde 1942, esta sección se transformó legalmente en Escuela de Estudios Hispano-Americanos (EEHA), dependiente tanto del CSIC como de la Universidad sevillana, y en 1946 terminó su proceso de independencia, ya bajo el exclusivo paraguas legal del Consejo<sup>17</sup>. Además, en Sevilla estaba también el Archivo de Indias, un lugar de obligada visita para los americanistas, y cuyo director, Cristóbal Bermúdez Plata, era también el vicedirector del Instituto. Algunos de los jefes de Sección de la Escuela ya habían estudiado o incluso ocupado cátedras en la Universidad de Sevilla, por lo que volver a ella suponía mantener unas redes personales que resultaban fundamentales en el mundo académico franquista.

Este reparto de poder en dos centros americanistas dentro del Consejo estuvo muy vinculado con todos los procesos que tuvieron lugar en el mundo universitario, ya que el CSIC obtenía la mayor parte de su capital humano de la Universidad. Dentro del americanismo, la guerra había dejado dos grandes vacíos, ya que tanto Rafael Altamira como José María Ots Capdequí habían tenido que exiliarse en América. La impronta de este último fue fundamental en Sevilla, ya que allí había dirigido un Centro de Estudios de Historia de América desde su fundación en 1932. A eso se sumó su docencia universitaria (principalmente en la Universidad de Sevilla) y la dirección del Instituto Hispano-Cubano de Historia de América<sup>18</sup>. Aunque volvió a España en 1953, hasta 1962 no se le repuso en su cátedra, algo casi anecdótico, ya que murió un año después.

---

<sup>15</sup> “Ley de 29 de julio de 1943 sobre ordenación de la Universidad española”, *Boletín Oficial del Estado*, nº 212, 31 de julio de 1943, 7406-7431.

<sup>16</sup> Desde la Real Academia de la Historia se impulsaron algunos trabajos, así como el núcleo conformado en torno a Américo Castro, la tardía sección del Centro de Estudios Históricos o la cátedra de Rafael Altamira. Sin embargo, no hubo un esfuerzo organizado de colaboración para un proyecto más amplio, sino que se dieron algunas colaboraciones puntuales.

<sup>17</sup> Acta fundacional de la Sección Hispanoamericana de Sevilla, perteneciente al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1941. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 8535. (05) 004 31/8535 Carpeta Gonzalo Fernández de Oviedo 1941. Véase también: “Decreto de 10 de noviembre de 1942 por el que se crea la Escuela de Estudios Hispano-Americanos en la Universidad de Sevilla”, *BOE*, 23 de noviembre de 1942, nº 327, 9493; “Decreto de 11 de enero de 1946 por el que se deslindan los fines específicos de la Sección de Historia de América y la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla”, *BOE*, 28 de enero de 1946, nº 28, 769.

<sup>18</sup> Mariano Peset, «Un discípulo de Rafael Altamira. José María Ots Capdequí», *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas. UNAM* 5, nº 15 (1990, septiembre-diciembre): 459-470; Mariano Peset, «Tres historiadores

Los que se quedaron en España tuvieron que pasar un proceso de depuración para poder mantener su puesto en la universidad<sup>19</sup>. Fue el momento de solucionar viejas rencillas, y de que recibieran su recompensa todos aquellos que habían apoyado al régimen franquista. Antonio Ballesteros fue de los pocos que conservó su cátedra en Madrid tras la guerra, acumulando la de Historia de España e Historia de América<sup>20</sup>. Quizás por ello se erigió como adalid del americanismo en el núcleo de Madrid, dentro del Consejo. Como premio a su fidelidad, Ciriaco Pérez Bustamante fue trasladado desde su cátedra de Santiago a la Universidad Central<sup>21</sup>, por lo que también estuvo incluido en equipo madrileño del Fernández de Oviedo. Además, su figura fue esencial a la hora de intentar establecer lazos institucionales en la segunda mitad de los años cuarenta: realizó diversos viajes al continente americano y puso en marcha la primera filial del Instituto en Colombia. Otras importantes figuras del americanismo de posguerra tuvieron que buscar su sitio en la Universidad, recorriendo distintos caminos hasta acabar en el destino deseado. Manuel Ballesteros Gaibrois, hijo de Antonio Ballesteros y de la académica Mercedes Gaibrois, utilizó sus redes académicas para conseguir la cátedra de Historia Universal en la Universidad de Valencia, en 1940, desde colaboró activamente con Madrid. Hasta 1949 no consiguió trasladarse a Sevilla, ocupando la cátedra de Historia de la América Prehispánica y Arqueología Americana, aunque siguió ligado al núcleo madrileño.

Dentro de las nuevas generaciones que fueron accediendo al mundo académico, Vicente Rodríguez Casado se hizo con la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de Sevilla en 1942, con tan solo veinticuatro años. Su trayectoria fue meteórica, ya que su éxito universitario se vio acrecentado con la vicedirección de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos del Consejo, de la que ocuparía su dirección durante la mayor parte de la década de los años cincuenta<sup>22</sup>. En torno a sí consiguió atraer a un numeroso grupo de investigadores que

---

en el exilio. Rafael Altamira, José María Ots Capdequí y Claudio Sánchez-Albornoz», en *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial. V Coloquio sobre Historia Contemporánea de España*, dir. por José Luis García Delgado y Manuel Tuñón de Lara (Madrid: Siglo XXI, 1989), 211-244; Mariano Peset, «José María Ots Capdequí, un historiador con vocación americanista», en *Republicanos en la memoria: Azaña y los suyos*, coord. por Ángeles Egido (Madrid: Eneida, 2006), 227-242.

<sup>19</sup> Luis Enrique Otero Carvajal, dir., *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo* (Madrid: Editorial Complutense, 2006); Jaume Claret, *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo* (Barcelona: Crítica, 2006); Luis Enrique Otero Carvajal, dir., *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna* (Madrid: Dykinson / Universidad Carlos III de Madrid, 2014).

<sup>20</sup> Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos* (Madrid: Ediciones Akal, 2002), 101-103.

<sup>21</sup> Rubén Pallol, «La Historia, la Historia del Arte, la Paleografía y la Geografía en la universidad nacionalcatólica», en *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, dir. por Luis Enrique Otero Carvajal (Madrid: Dykinson / Universidad Carlos III de Madrid, 2014), 539-540.

<sup>22</sup> AGA. Educación. Fondo CSIC. Libros de cuentas. (05) 04 LIBRO 331 TOP. 32/00.201-00.406; (05) 04 LIBRO 361 TOP. 32/00.201-00.406361; (5)4 LIBRO 539 TOP 32/41.101-41.304. Para su figura véase: Antonio Cañellas y César Olivera, *Vicente Rodríguez Casado. Pensamiento y acción de un intelectual* (Madrid: Ediciones 19, 2018); Fernando Fernández

participaron activamente en la EEHA, y que fueron consiguiendo su cátedra universitaria a lo largo de los años cuarenta. En Sevilla, Enrique Marco Dorta se hizo con la de Historia del Arte hispano-colonial en 1943 y Antonio Muro Orejón con la de Historia del Derecho Indiano en 1946<sup>23</sup>.

Todo este juego de plazas universitarias ayuda a comprender mejor cómo se fueron organizando tanto el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo como la EEHA: de qué dependió la formación de escuelas historiográficas, de qué tradición bebieron y cómo se llevaron a cabo los repartos de poder e influencia. Ambos centros representaron dos formas distintas de abordar el estudio del continente americano. En común tuvieron que los dos optaron por una organización interna que respondía a criterios temáticos y no tanto cronológicos. El Instituto estuvo dirigido por Antonio Ballesteros, con Cristóbal Bermúdez Plata como vicedirector y Ciriaco Pérez Bustamante como secretario. Se dividió en sus primeros años en siete secciones: Culturas Indígenas, a cargo de Manuel Ballesteros; Misiones, con Constantino Bayle; Conquista y Colonización, bajo la dirección de Cayetano Alcázar; América Contemporánea, con Santiago Magariños; Navegaciones y Descubrimientos, a cargo de Julio Guillén; Ficheros y Bibliotecas, encabezada también por Manuel Ballesteros; e Instituciones, con Ciriaco Pérez Bustamante al frente<sup>24</sup>.

La Escuela de Estudios Hispano-Americanos, en cambio, tuvo un carácter más interdisciplinar: los estudios históricos tuvieron un peso fundamental, pero también se dio voz a la historia del derecho, la literatura, el arte, la economía e, incluso, las ciencias naturales. En el momento de su definitiva independencia, en 1946, estuvo dirigida por Cristóbal Bermúdez Plata, Vicente Rodríguez Casado ocupó el cargo de vicedirector, y Antonio Muro Orejón el de secretario. Contó con diez secciones: Literatura Americana; Arte Americano; Historiografía; América Prehispánica, Geografía de América y Fuentes Documentales; Historia de América Moderna y Contemporánea; Historia del Derecho Indiano; Instituciones Canónicas; Instituciones Económico-sociales; Derecho Americano Contemporáneo; e Historia de las Ciencias Naturales. Estas secciones fueron dirigidas, respectivamente, por Luis Morales, Enrique Marco Dorta, Juan de Mata Carriazo, Cristóbal Bermúdez Plata, Vicente Rodríguez Casado, Juan Manzano, Manuel Giménez, Ramón Carande Thovar, Alfonso de Cosío y Francisco de las Barras de Aragón<sup>25</sup>. Aquí se observa

---

Rodríguez, *El espíritu de la Rábida: el legado cultural de Vicente Rodríguez Casado* (Madrid: Unión Editorial, 1995); Antonio Cañellas Mas, «Vicente Rodríguez Casado: las implicaciones políticas del americanismo científico de posguerra», en *Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, coordinado por Antonio César Moreno Cantano (Gijón: Ediciones Trea, 2013), 271-301.

<sup>23</sup> Pallol, «La Historia, la Historia del Arte, la Paleografía y la Geografía en la universidad nacionalcatólica», 594-595 y 604-606.

<sup>24</sup> Presupuesto-Memoria del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo realizado por Ciriaco Pérez Bustamante y Antonio Ballesteros, 10 de mayo de 1940. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 8531. Carpeta Gonzalo Fernández de Oviedo 1940.

<sup>25</sup> Organigrama de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, sin fecha. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 8554. Carpeta Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1946

claramente la estrecha relación que hubo muchas veces entre los centros del CSIC y el mundo universitario, ya que, de los diez jefes de sección de la Escuela, ocho estaban vinculados a dicha Universidad. Esto ayudó a que, muy pronto, el núcleo sevillano se impusiera con fuerza, llegando a doblar su personal con respecto al Instituto a comienzos de los años cincuenta.

Observando la organización de sus secciones, se vislumbra que, al menos a nivel formal, la organización del Fernández de Oviedo respondió más directamente a los intereses del nacionalcatolicismo y a las necesidades discursivas del régimen franquista. Sin embargo, si se analizan los planteamientos teóricos de su producción científica, lo cierto es que no hubo grandes diferencias entre ambos centros. Así, las secciones de Conquista y Colonización o Navegaciones y Descubrimientos ponían el foco en uno de los momentos históricos que más se utilizaba para reivindicar un glorioso pasado español: la llegada al continente americano y los avances técnicos y geográficos en el contexto del desarrollo europeo. En especial, el peso del catolicismo se hizo sentir en la sección de Misiones, donde la importancia de la religión se unía al discurso sobre la misión salvadora de España con respecto al nuevo continente.

Fue tal la relevancia que se dio a esta sección, y con ella al estudio de las misiones, que en 1946 se desgajó del Instituto y conformó uno propio, el Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, de Misionología Hispánica<sup>26</sup>. Al frente se situó a Constantino Bayle, y como vicedirector se contó con Fidel Lejarza, quienes estuvieron acompañados en su cargo por Manuel Merino, José Castro Seoane, José Salvador Conde y Francisco Mateos Ortín. Lo más relevante es que esta decisión no partía tanto de una necesidad interna como de una voluntad ministerial: “Hecho demostrativo de la vitalidad de este Instituto fué [sic] que la Sección de Misiones mereció ser elevada a Instituto independiente -«Santo Toribio de Mogrovejo», de Misionología- por Decreto del Ministro de Educación de 1.º de febrero de 1946, pasando a dicho organismo el personal que integraba la primitiva Sección”<sup>27</sup>. Esta acción tuvo su antecedente inmediato en 1943 cuando, también por sugerencia de Ibáñez Martín, se creó la revista *Missionalia Hispanica*, que debía recoger trabajos de investigación histórica acerca de la obra misionera española: estas eran entendidas como parte de la “labor” civilizadora que había llevado a cabo España, y se reivindicaba la necesidad de darla a conocer tanto dentro como fuera de España<sup>28</sup>. Quedaba así de manifiesto la estrecha vinculación entre los poderes públicos y el devenir de la producción historiográfica, que se puso a su servicio a través de la organización interna y las actividades del CSIC, contando con poca autonomía. Para observar cómo esto se materializó en la práctica, se

---

<sup>26</sup> Carta al Consejo Ejecutivo del Consejo al director del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 26 de marzo de 1946. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 8551, Carpeta Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

<sup>27</sup> CSIC, *Memoria de la Secretaría General, 1946-1947* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948), 268-269.

<sup>28</sup> Oficio al Secretario General del CSIC, 16 noviembre 1943. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 31/8543. Carpeta Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

hace necesario atender a las medidas que tomaron tanto el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo como la Escuela de Sevilla para establecer vínculos con América Latina y llevar a cabo toda esta labor de propaganda.

### **La construcción de lazos internacionales**

Quizás los primeros vínculos con América podrían considerarse los de los propios investigadores del Consejo, ya que algunos de ellos procedían de ese continente. Rodolfo Barón Castro, por ejemplo, era de origen salvadoreño. En mayo de 1942 se incorporó al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo como colaborador, y en 1950 ya ostentaba la vicedirección del centro, además de estar al frente de una de sus secciones<sup>29</sup>. Otro ilustre historiador mexicano, Carlos Pereyra, también estuvo incluido en las nóminas del Instituto desde sus inicios, aunque su paso fue más breve, ya que murió en 1942. Ambas figuras tuvieron en común el haberse asentado en España en el periodo anterior, en los años veinte y diez, respectivamente, donde pasaron el resto de su vida, así como compaginar su labor intelectual con el trabajo diplomático. Pereyra desarrolló su carrera antes de la guerra, siendo uno de los grandes defensores del ideal de Hispanidad. Además, fue uno de los mentores de Barón Castro, quien despuntó en cuestiones de demografía histórica a mediados de los años treinta y, especialmente, tras la guerra. En el núcleo sevillano, Guillermo Lohmann Villena, de origen peruano, también desempeñó el cargo de colaborador dentro de la EEHA desde 1946 hasta 1950<sup>30</sup>. También él fue diplomático, ocupando el cargo de consejero de la embajada de Perú en España desde 1943 a 1959, y desde 1952 hasta 1962<sup>31</sup>.

Más allá de estas colaboraciones, una de las principales bases para estrechar lazos científicos y para construir redes académicas sólidas fue el intercambio bibliográfico. El CSIC había roto con su pasado anterior y lo había denostado, pero no le quedó más remedio que hacer uso de él para poner de nuevo en marcha la actividad científica. La ruptura se había producido en el plano ideológico, pero el Consejo tomó de la Junta para Ampliación de Estudios sus edificios, una pequeña parte de su personal, e incluso algunos proyectos en marcha. Hacer funcionar una institución tan grande y con un proyecto tan ambicioso como el Consejo requería tiempo. Sin embargo, esto era lo que no tenían: la pronta publicación de nuevos trabajos y la incesante organización de actividades eran necesarias para dar una imagen de normalidad y para ser aceptados por la comunidad internacional. El intercambio de publicaciones propias, tanto monografías como revistas, era una práctica común en la comunidad historiográfica. De esta

---

<sup>29</sup> AGA. Educación. Fondo CSIC. Libros de cuentas. (05) 04 LIBRO 302 TOP. 32/00.201-00.406; (05) 04 LIBRO 448 TOP. 32/00.201-00.406.

<sup>30</sup> AGA. Educación. Fondo CSIC. Libros de cuentas. (05) 04 LIBRO 361 TOP. 32/00.201-00.406.

<sup>31</sup> Teodoro Hampe Martínez, «Guillermo Lohmann Villena (1915-2005): un gigante de la historiografía americanista», *Historia Mexicana* 55, nº 2 (2005): 673-687; Enriqueta Vila, «Don Guillermo Lohmann Villena», *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, nº 34 (2006): 247-254.

manera los centros del CSIC se aseguraban, por un lado, de tener bien surtidas sus propias bibliotecas con obras actualizadas. Por otro, de dar a conocer su trabajo en los centros extranjeros más relevantes<sup>32</sup>.

Todo ello explica que, apenas cuatro meses después de que comenzara su andadura el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, ya hubiese salido a la luz el primer número de *Revista de Indias*. Lejos de constituir una propuesta propia, la revista nació como una suerte de continuación de la antigua *Tierra Firme*<sup>33</sup>, que había pertenecido a la Junta para Ampliación de Estudios. Antonio Ballesteros y Ciriaco Pérez Bustamante, los nuevos directores, tomaron esta decisión al considerarla base del intercambio de todas las revistas que seguían llegando al centro, siendo una obra “que no puede interrumpir porque sería dar sensación de marasmo y decadencia que hay que evitar”<sup>34</sup>. Así, la revista cambió de nombre, pero utilizó las redes ya consolidadas en la anterior publicación. El contenido, eso sí, adquirió unos tintes más acordes al nacionalcatolicismo, muy lejanos a la actitud constructiva del periodo anterior. Paralelamente, se fomentó la creación de nuevas publicaciones, con el fin de establecer nuevas colaboraciones y como defensa ante la denuncia de parálisis cultural y científica que llegaba desde el exilio. Muestra de ello fue *Anuario de Hispanismo*, cuya salida estuvo retenida hasta 1946 y fue recuperada gracias a la iniciativa de un investigador alemán, A. Steiger. Éste propuso una coedición con el CSIC para un *Anuario Internacional de Hispanismo*. En seguida se aceptó por la interesante oportunidad por las posibilidades de expansión y propaganda cultural, especialmente la posibilidad que ofrecía el grupo de Zurich para penetrar en los círculos estadounidenses, que estaban muy influenciados por los exiliados<sup>35</sup>. Esto muestra la doble intencionalidad de esta incesante actividad bibliográfica. Por un lado, se encontraba el deseo académico de retroalimentar las investigaciones en curso. Por otro, se daba una intencionalidad política en la que se intentaba contrarrestar el peso de un exilio español que cuestionaba la nueva ciencia nacionalcatólica.

Este intercambio de publicaciones debía completarse con el de investigadores. Entre 1946 y 1947 empezó a hacerse patente una mayor presencia internacional, tanto de investigadores extranjeros que visitaban España como la participación de investigadores españoles en congresos en el extranjero. En los años 60, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos quiso

---

<sup>32</sup> El desarrollo de la actividad editorial del CSIC durante todo el franquismo y democracia en: José María López Sánchez y Alba Fernández Gallego, *A imprenta y tírese: 80 años de la Editorial CSIC* (Madrid: CSIC, 2021).

<sup>33</sup> Salvador Bernabéu y Consuelo Naranjo, *Tierra Firme* (Madrid: Residencia de Estudiantes / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007).

<sup>34</sup> Informe “Labor a desarrollar por el Instituto Fernández de Oviedo” de Ciriaco Pérez Bustamante, con el VºBº de Antonio Ballesteros Beretta, 10 mayo 1940. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 31/8531. Carpeta Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

<sup>35</sup> Proyecto de Anuario Internacional de Hispanismo editado por el CSIC de Madrid y el Institut für Auslandsforschung de Zürich, 1946. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 31/8555. Carpeta Publicaciones del Consejo.

establecer un intercambio de estudiantes con la Universidad de Duke, en Estados Unidos<sup>36</sup>. Esto se debía llevar a cabo mediante becas anuales de diez meses de duración, con una cuantía de 4.000 pesetas mensuales. El Consejo se encargaría de los gastos del coste de matrícula, pero el viaje hasta allí correría a cuenta de cada becario. Parece que el interés de esta propuesta iba en consonancia con un plan de mayor calado, ya que dos años después se quiso fortalecer la relación con América desde el propio Ministerio de Educación Nacional:

“Como consecuencia de los propósitos del Gobierno español de ir fortaleciendo cada vez más la relación con Hispano-América, el Sr. Ministro de Educación Nacional impulsó la creación de unas becas de especialización científica, especialmente destinadas a post-graduados hispano-americanos, becas que habrían de ser convocadas conjuntamente por el C.S.I.C., el Instituto de Cultura Hispánica y las Universidades españolas, y cuya resolución se tomaría por la Comisaría de Cooperación Científica Internacional, con la participación de los demás Organismos citados”<sup>37</sup>.

En este caso, por tanto, la financiación nacía fruto de la colaboración de varios organismos españoles, entre los que se encontraba el Consejo. En 1965 se llegaron a convocar veinte becas, con una cuantía de 6.000 pesetas mensuales. Aquí el proyecto era algo más ambicioso, ya que se planteaban proyectos de dos años, con la posibilidad de ampliarlo a tres.

Este interés, expresado de forma explícita, procedía de una práctica ya asentada desde comienzo de los años cincuenta. En 1951, en el contexto de apertura de las relaciones entre la Argentina de Juan Domingo Perón y el régimen franquista, se había creado en Buenos Aires el Instituto Argentino de Historia Americana “Ruiz Díaz de Guzmán”, que se vinculó directamente al Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo de Madrid. En la constitución del nuevo organismo estuvieron presentes miembros de destacadas instituciones españolas: Emilio de Navascués como Embajador de España, Ramón Martín Herrero como representante del Consejo Cultural de la Embajada de España en Buenos Aires, Alfredo Sánchez Bella como director del Instituto de Cultura Hispánica, y Manuel Ballesteros-Gaibrois como secretario general del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del CSIC. La presencia española no se limitaba a una representación institucional, sino que se buscaron vínculos históricos en la elección de la fecha, que coincidió con el “Centenario del nacimiento de la Católica Reina doña Isabel y cuatrocientos quincuagésimo nono del Descubrimiento del Nuevo Mundo”. El objetivo del Ruiz Díaz de Guzmán era “constituir un Instituto conforme a los existentes en el mundo moderno de la ciencia, con objeto de propender a un mayor acercamiento intelectual y facilitar la investigación de los temas comunes a la República Argentina y a España”, y la “primordial finalidad sería la de propender al

---

<sup>36</sup> Carta del Secretario de la Comisión Permanente al Director de la Escuela, 8 de julio de 1963. AGA. Educación. Fondo CSIC Caja 9973.

<sup>37</sup> Informe de 24 de mayo de 1965. Carpeta de correspondencia. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 10207.

intercambio intelectual y científico [sic] con España y a la facilitación de las tareas de investigación, por medio de intensas relaciones y correspondencias científicas [sic] y de orden personal”<sup>38</sup>.

El instituto tenía una clara voluntad colaborativa, lo que se logró desde su nacimiento con la presencia de representantes españoles. Cabe destacar que basó la colaboración tanto en las relaciones científicas como en las personales, lo que muestra la importancia que tenían a veces determinadas figuras, por encima de la pertenencia a un organismo o su proyecto de investigación. En representación del Gonzalo Fernández de Oviedo, Manuel Ballesteros presentó de forma concreta la naturaleza de la colaboración: los originales de los trabajos del instituto argentino aparecerían tanto en *Revista de Indias* como en otras publicaciones del Instituto Fernández de Oviedo y en los tomos de *Misceláneas Americanistas* del mismo. Esto resulta de gran relevancia, ya que era una forma de aumentar y respaldar la internacionalización de la revista del Consejo, a la vez que respondía a la jerarquización presente en la matriz disciplinar de la historiografía española del primer franquismo. Para oficializar la relación, “después de un cambio de ideas profundo sobre la organización y constitución del nuevo organismo, en que se aceptó la vinculación directa con el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo de Madrid, se adoptó el régimen corporativo que las modernas características del trabajo científico aconsejan”<sup>39</sup>.

El nuevo instituto fijó su sede en Buenos Aires y en su Consejo de Administración contó con el Padre Guillermo Furlong como director general, José A. Tore Revello como vicedirector, Raúl A. Molina fue el secretario general y Vicente Sierra el vicesecretario. Dentro del Consejo de Investigación, al frente de una de las secciones, se designó al propio hermano del director del Instituto de Cultura Hispánica, Ismael Sánchez Bella. Este era miembro del *Opus Dei* y había conseguido una cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de la Laguna en 1949, aunque no llegó a tomar posesión de ella por irse a vivir, precisamente, a Argentina, para formar una nueva residencia del *Opus*. En 1950 consiguió ser nombrado titular de la Cátedra de Historia del Derecho en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, donde estuvo un par de años<sup>40</sup>.

Este no fue el único intento de tender puentes hacia Hispanoamérica, ya que en 1955 el ministro de Educación Nacional, en ese momento Joaquín Ruiz-Giménez, expuso al Consejo Ejecutivo del CSIC la conveniencia de entrar en relaciones con la UNESCO. Esta propuesta se debió a la posibilidad de recibir las ayudas que esta otorgaba a organismos científicos y de investigación, pero también a que era una forma de incrementar la acción hacia Hispanoamérica,

---

<sup>38</sup> Acta constitutiva del Instituto “Ruiz Díaz de Guzmán” en Buenos Aires. Documento adjunto a una carta de Rafael de Balbín al secretario del Consejo, 27 de marzo de 1952. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 8693.

<sup>39</sup> Ídem.

<sup>40</sup> José Antonio González Pizarro, «Ismael Sánchez Bella y su contribución al conocimiento y estudio del derecho indiano», *Revista de derecho*, nº 9 (2002): 263-277.

atrayendo a becarios americanos<sup>41</sup>. De nuevo, los acercamientos hacia el otro continente venían de la mano de las altas esferas de la política, inmersos en una estrategia de diplomacia cultural.

### **La pugna por el relato: el discurso de sus publicaciones durante el primer franquismo**

Las distintas formas de abordar las relaciones con Iberoamérica quedaron también patentes en las publicaciones de los dos centros. Aquí se analizarán las que salieron a la luz durante el primer franquismo, desde 1939 hasta 1951, momento en el que más se evidenció el peso del americanismo en la actividad editorial del Consejo. En paralelo al desarrollo administrativo, con el progresivo crecimiento de la plantilla y la división en dos centros independientes, fueron apareciendo hasta tres publicaciones periódicas en las que verter las investigaciones en curso y difundir el ideario de la Hispanidad: *Revista de Indias*, en 1940, dependiente del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo; *Anuario de Estudios Americanos* y *Estudios Americanos*, en 1944 y 1948 respectivamente, ambas dependientes de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.

*Revista de Indias*, como se ha señalado, era una sustitución estratégica de la antigua *Tierra Firme*, creada en 1935 por la Sección americanista del Centro de Estudios Históricos de la JAE. La publicación de esta había tenido muy poco recorrido, ya que salió a la luz en 1935 y fue una revista anual de cuatro números dedicada no solo a temas hispanoamericanos, sino también a otros de actualidad sobre diferentes materias. De las manos de Enrique Díez-Canedo, antiguo director que tuvo que exiliarse en México en 1938, la publicación pasó a manos de Antonio Ballesteros como director, Ciriaco Pérez Bustamante como redactor jefe, y Manuel Ballesteros como secretario. Se decidió que tuviese una periodicidad trimestral, con un coste anual de suscripción de 40 pesetas. Quizás la premura por sacar trabajos cuanto antes (en 1941 se habían ya publicado hasta seis números) hizo que, de todas, fuese la que se expresase en términos más combativos: en su primer número, Ballesteros defendió los valores de la Hispanidad y presentó lo que quería que fuese la revista, poniendo especial énfasis en la Hispanidad, el catolicismo y el papel español en los descubrimientos<sup>42</sup>. Sin embargo, quizá lo más notable es que ese primer número contó con un texto del propio ministro de Educación Nacional:

“No puede ser, no podemos querer que sea el hispanismo un tópico de invocación sentimental en determinadas fiestas conmemorativas del año. El espíritu inagotable de la Hispanidad, que se forjó cuando la mística y la milicia españolas corrían parejas en la creación de la Historia, tiene sabia inveterada y raigambre demasiado profunda para que no pueda cosechar los frutos fecundos que merece.

Este mismo concepto de la Hispanidad plantea el problema de su responsabilidad histórica ante el mundo. Dar vida a unos pueblos, enseñarles a hablar un mismo idioma, a vivir idénticas

---

<sup>41</sup> Notas para el acta de la sesión del Consejo Ejecutivo, marco de 1955. AGA. Educación. Fondo CSIC. Caja 8810.

<sup>42</sup> Antonio Ballesteros Beretta, «Proemio», *Revista de Indias*, nº 1 (1940): 5-8.

costumbres y a rezar a un mismo Dios, es crear el lazo indestructible de una unidad espiritual que encierra en sí todo el símbolo de una predestinación histórica. No en vano nuestros monjes fueron fundadores de ciudades. [...] en la vida turbulenta e insegura de la Humanidad, la Providencia asignó precisamente a nuestra Patria la misión suprema de ser «Madre de pueblos». [...]

España renace después de su pasada lucha con un nuevo vigor. Un hombre admirable, un Caudillo genial, nos ha devuelto aquel ponderado orgullo de nuestra grandeza que España se había dejado perder. Por eso -como él mismo dijo en la fiesta de la Hispanidad en el año 1937- «podemos hoy ofrecer al mundo y a nuestros hermanos de América el fruto de nuestro trabajo, el resurgir de un pueblo, las gestas de una juventud y el espíritu de una raza, ejemplo glorioso de sacrificio y hondo espiritualismo». [...]

Esta misión la asume España ahora con la alegre valentía que le da el saberse defensora de la civilización de un Continente, después de su lucha cruenta contra los que defendían la concepción materialista del Mundo y de la Historia.

El espíritu religioso ha sido siempre el móvil supremo de nuestras empresas. Así, el gran estímulo de nuestra expansión territorial fué [sic] esencialmente el de una generosa política de amor”<sup>43</sup>.

El texto provenía de un discurso que el ministro había pronunciado en Radio Nacional de España el 10 de julio de 1940, como clausura del cursillo organizado por la Asociación Cultural Hispano-Americana. Como ya había hecho a la hora de demandar estudios sobre misiones, Ibáñez Martín se implicaba de forma activa en las labores propias de los institutos del Consejo, para asegurarse de que el mensaje nacionalcatólico fuese debidamente difundido. Es significativo porque esto se produjo, exclusivamente, en *Revista de Indias*: ni en las otras revistas americanistas ni en las de Historia general o Arqueología aparecen palabras de alguien externo al centro que impulsaba la revista. Se trata, por tanto, de una muestra más de la estrecha relación entre esta disciplina y su uso público. El ministro reclamaba que los vínculos entre España y América no se circunscribiesen a lo sentimental y momentos puntuales como celebraciones, sino que estuvieran permanentemente presentes. Por supuesto, dejaba patente esa pretendida misión civilizadora de España, como madre de la civilización, así como los vínculos con el catolicismo, fin último de las acciones en el nuevo continente. Este tipo de discurso, casi más propios de la esfera política, se reprodujeron sin grandes transformaciones en la producción historiográfica tanto de la Instituto como de la Escuela.

Poco tiempo después, en 1944, se puso también en marcha *Anuario de Estudios Americanos*, como respuesta al crecimiento de la Sección de Sevilla. Se fijó un tomo anual por el precio de 90

---

<sup>43</sup> José Ibáñez Martín, «Alocución del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín», *Revista de Indias*, nº 1 (1940): 10-13.

pesetas, lo que quizás explica la extensión de sus artículos, que a veces sobrepasaron las doscientas páginas. Para el consejo de redacción se eligió presidente a Cristóbal Bermúdez Plata, como vicepresidente a Vicente Rodríguez Casado, Antonio Muro Orejón ocupó la secretaría, y José Antonio Calderón Quijano fue nombrado vocal. En 1950 se produjo un relevo con la desaparición de Bermúdez Plata, que ya tenía una edad avanzada y moriría dos años después. Así, todos subieron un peldaño en el escalafón de la revista, y se incorporó al equipo Francisco Morales Padrón.

La idea inicial era volcar la labor investigadora de la Escuela, que estaba reforzada por la celebración anual de sus Cursos de Verano y por la creación de la Universidad de Santa María de la Rábida<sup>44</sup>. El impulso final lo propició la celebración, en noviembre de 1943, de la Asamblea de Americanistas en Sevilla: la revista debía reflejar todo ese intercambio científico. En su primer editorial, se reivindicaban las raíces de la escuela americanista que se había ido forjando en Sevilla ya desde antes de la guerra, aunque se ponía especial énfasis en la labor que, tras ella, había tenido el recién creado Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Entre los objetivos de la publicación estaba el establecimiento de relaciones con instituciones americanas similares “sobre la base de una sincera fraternidad”<sup>45</sup>. El *Anuario* reflejó bien el espíritu de la Escuela, ya que pueden encontrarse artículos de distintas temáticas, como el Arte, las Ciencias, la Historia, la Cultura, el Derecho, la Economía, la Geografía, etc., si bien la Historia fue la que copó la mayor parte de sus estudios.

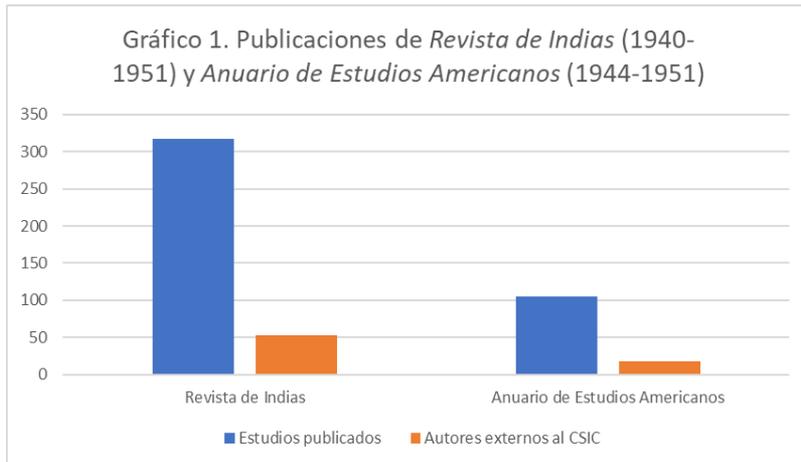
A nivel interno, la organización de ambas publicaciones corrió más o menos paralela. *Revista de Indias* presentó una sección dedicada a “Estudios”, otra de “Miscelánea”, y finalmente unas “Notas biográficas” y una “Crónica del mundo hispánico”, donde se daba cuenta de las novedades relacionadas con el americanismo. Por su parte, el *Anuario* contó con seis secciones: Estudios, Artículos, Varia, Documentos, Bibliografía y Crónica. La mayor diferencia fue que, dentro de la sección de “Estudios”, el *Anuario de Estudios Americanos* llegaron a publicarse lo que podrían considerarse casi como monografías, ya que solían superar las cien páginas y, en ocasiones, casi alcanzaron las trescientas. De hecho, los estudios contaban con capítulos e incluso apéndices documentales<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> Fernando Fernández Rodríguez (ed.), *El espíritu de La Rábida: el legado cultural de Vicente Rodríguez Casado* (Madrid: Unión Editorial/Asociación de La Rábida, 1995).

<sup>45</sup> CSIC, «Editorial», *Anuario de Estudios Americanos* 1 (1944): 9-12.

<sup>46</sup> Algunos de estos estudios se publicaron, paralelamente, en la revista y en la línea editorial de monografías de la Escuela.



Fuente: elaboración propia a partir del análisis de ambas revistas

A lo largo de esta primera etapa, hasta 1951, *Revista de Indias* llegó a publicar 46 números y *Anuario de Estudios Americanos* ocho, ya que esta última era anual y comenzó su andadura cuatro años después que la primera. Ambas revistas intentaron favorecer las colaboraciones foráneas, pero lo cierto es que estas fueron poco representativas: en ambos casos, la aportación de estudios desde el extranjero estuvo en torno al 17% (gráfico 1). Colombia, México y Argentina fueron los países con los que más se colaboró en esta labor editorial, con algunos historiadores de la talla de Ricardo Levene, Jorge Ignacio Rubio Mañé o Guillermo Porras Muñoz. A estos países le siguieron Perú y Chile, desde donde enviaron aportaciones Raúl Porras Barrenechea o Rubén Vargas Ugarte. Por último, también se contó con colaboraciones puntuales desde Ecuador, Costa Rica y Bolivia (tabla 1). Esta poca representación extranjera se debía, en parte, a que las revistas también eran una plataforma académica con la que los jóvenes investigadores podían ascender en la carrera universitaria. El *Anuario*, por ejemplo, recogió numerosas tesis de licenciatura que se habían defendido en la Universidad de Sevilla, dirigidas por investigadores del CSIC que también pertenecían a la Universidad. Esto explica, quizás, la larga extensión de sus estudios, así como la estructura en capítulos y apéndices documentales de los mismos.

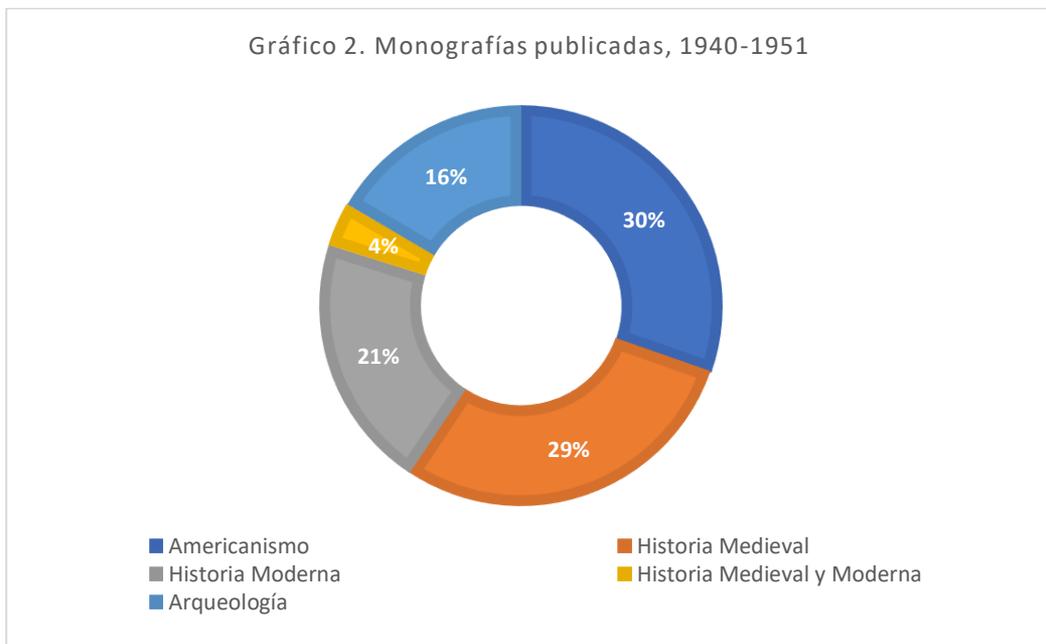
Tabla 1: autores latinoamericanos en *Revista de Indias* y *Anuario de Estudios Americanos* (1940-1951)

País de procedencia	Nombre	Número de publicaciones
Colombia	Juan Friede	3
	Nicolás García Samudio	2
	Guillermo Hernández de Alba	2
	Carlos Restrepo Canal	1
	Jaime Jaramillo Arango	1
	Arcesio Aragón Holguín	1
México	Guillermo Porras Muñoz	4
	Jorge Ignacio Rubio Mañé	2
	Federico Gómez de Orozco	2
	Josefina Muriel	1
	Alberto María Carreño	1
Argentina	Ricardo Levene	2
	Edberto Oscar Acevedo	1
	Arturo Berenguer Carisomo	1
	Sigfrido A. Radaelli	1
	Enrique de Gandía	1
Perú	Raúl Porras Barrenechea	4
	Rubén Vargas Ugarte	1
	Julio Vargas Prada	1
	José Luis Bustamante y Rivero	1
Chile	Jaime Eyzaguirre	3
	Óscar Fabres Villarroel	2
	Carlos J. Larraín	1
	Mario Góngora del Campo	1
Ecuador	José Rumazo	2
	Neptalí Zúñiga	1
Costa Rica	Norberto de Castro y Tosi	2
	Ernesto Jesús Castellero Reyes	1
Bolivia	José de Mesa y Teresa Gisbert	1

Fuente: elaboración propia a partir del análisis de ambas revistas

La relevancia del americanismo también puede observarse en las monografías: si comparamos las que se publicaron entre 1940 y 1951 en los institutos dedicados a estudios históricos (gráfico 2), se observa que la Historia de América fue, con diferencia, la materia privilegiada, seguida por el medievalismo. Esto fue posible, en primer lugar, porque contaron con un presupuesto mayor que otros institutos, pero también tenían otra ventaja: la Escuela de Estudios Hispano-Americanos tuvo su propia imprenta, contando así con cierta autonomía. La EEHA organizó sus publicaciones en torno a siete series. La primera de ellas era el propio Anuario de Estudios Americanos, y las otras estuvieron dedicadas a: Monografías; Memorias, relaciones y viajes; Ensayos; Manuales de estudio; Colecciones de documentos; Ediciones y reediciones de

libros raros y curiosos. Aunque esto fue evolucionando con el paso del tiempo, durante esta primera década predominaron las recopilaciones de fuentes, más que los estudios históricos. Esta característica es común al resto de disciplinas dentro de la historiografía, y tiene relación con la impronta positivista que todavía perduró largamente en España. En el caso del americanismo, una parte de los investigadores se dedicó a sacar a la luz algunos de los fondos del Archivo General de Indias de Sevilla, lo que constituyó una de las principales labores de la EEHA. Cristóbal Bermúdez Plata, director del Archivo, publicó ya en 1940 el primer volumen de un catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI a XVIII<sup>47</sup>, y años después seguiría esta línea con documentos provenientes de otras secciones del archivo<sup>48</sup>. También Enrique Marco Dorta colaboró en estas labores de catalogación<sup>49</sup>. Desde Madrid, Miguel Gómez del Campillo dio a conocer los fondos del Archivo Histórico Nacional al explorar las relaciones diplomáticas entre España y Estados Unidos<sup>50</sup>.



Fuente: elaboración propia a partir del análisis de ambas revistas

<sup>47</sup> Cristóbal Bermúdez Plata, *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Volumen I: (1509-1534)* (Sevilla: CSIC / Patronato Menéndez Pelayo / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1940).

<sup>48</sup> Cristóbal Bermúdez Plata, *Catálogo de documentos de la Sección Novena. Volumen I. Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Luisiana, Florida y México* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1949).

<sup>49</sup> Enrique Marco Dorta, *Fuentes para la Historia del Arte Hispanoamericano. Tomo I* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1951).

<sup>50</sup> Miguel Gómez del Campillo, *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional. Vol. I y II* (Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944).

Dentro de esta categoría de fuentes también se reprodujeron manuscritos antiguos, que fueron transcritos y presentados con un breve estudio inicial, como el primer viaje de Cristóbal Colón<sup>51</sup>, escritos de antiguos virreyes o gobernadores<sup>52</sup> o las crónicas de algunas misiones religiosas<sup>53</sup>. En ocasiones, las ansias por sacar nuevas publicaciones y recuperar este tipo de fuentes llevaron a editarlas sin siquiera un estudio previo, como en el caso del catecismo quechua de Bartolomé Jurado Palomino: estaba claro que no era una obra pensada para la divulgación, ya que incluso el prólogo estaba en latín<sup>54</sup>. Como bien reflejan estas obras dedicadas a la reproducción de fuentes, los principales temas abordados en el resto de las publicaciones estuvieron estrechamente ligados a las preocupaciones del nacionalcatolicismo, predominando sobre todo los momentos de “conquista”, el periodo virreinal y las labores misionales en América. En general, la retórica utilizada llegó a adquirir tintes propagandísticos, como en el estudio de Ángel Santos sobre las misiones de los jesuitas en Alaska: “Con este sencillo trabajo, el primero sobre esta materia, procuraremos contribuir al mayor conocimiento de una Misión que honra a la Iglesia de Dios, en primer lugar, a la Compañía de Jesús, después, y también, entre otras naciones, a España, que ha querido enviar a uno de sus hijos a luchar con valentía y denuedo en un país que solo sabe de heroísmos”<sup>55</sup>. Uno de los discursos más combativos que aparecieron frecuentemente fue la denuncia de una leyenda negra contra España:

“Es inevitable poner entusiasmo al estudiar cualquiera de las empresas civilizadoras de las Indias. Es ésta, sin duda, la parcela más apasionante de nuestra historia española; por calumniada, por trascendental, y –sobre todo- por hecha con amor.

Como en tantas otras ocasiones –lejanas o inmediatas- del pasado, la difamación calculada y hábil consiguió éxitos iniciales importantes al cubrir con su estulticia o con su mala fe la tarea americana de España. Quienes en el extranjero o en nuestra propia patria no tenían medios para averiguar la verdad por sí mismos, o aquellos otros que encontraron más cómodo repetir bobamente lo que acababan de oír o de leer, se hicieron eco de todas esas falsedades que hoy conocemos globalmente como «leyenda negra». Por lo que se refiere al

---

<sup>51</sup> Julio F. Guillén, *El primer viaje de Cristóbal Colón* (Madrid: CSIC / Instituto Histórico de Marina 1943).

<sup>52</sup> José Fernando de Abascal y Sousa, *Memoria de Gobierno. Tomo I* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1944); Manuel de Amat y Junient, *Memoria de gobierno del virrey Amat* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947); Diego de Trujillo, *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948); Rodrigo de Carvajal y Robles, *Fiestas de Lima por el nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos. Lima 1632* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1950).

<sup>53</sup> Francisco Mateos, *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América meridional* (Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944).

<sup>54</sup> Bartolomé Jurado Palomino, *Catechismus Quichuensis* (Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1943).

<sup>55</sup> Ángel Santos, *Jesuitas en el Polo Norte. La misión de Alaska* (Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1943).

tema de este libro esas falsedades se llaman sed insaciable y exclusiva de oro, ignorancia técnica, incapacidad para la inquietud científica.

Pero –también como siempre- esos esfuerzos de los difamadores de España han resultado estériles, igual que en tantos otros casos –semejantes o no- de campañas calumniosas. La verdad se abre camino por sí misma, sólo con la inapelable firmeza de ser la verdad. Tras años o siglos –es lo mismo- de mentiras, nadie puede hoy creer honradamente lo que pudo estimar como verdadero hace algún tiempo. Toda la bibliografía seria de nuestros días mira ya al menos con respeto la labor de España en las Indias<sup>56</sup>.

El autor aprovechó el estudio para acusar de embustero a cualquiera que se atreviese a criticar la obra de España en América, además de apelar al sentimentalismo, reivindicando que lo que hubo detrás de todo fue el amor. Así, fue una tónica común el achacar a una envidia extranjera todas las denuncias que se vertían sobre el proceso de colonización española. Vicente Rodríguez Casado, figura clave del americanismo sevillano, acusaba también a los autores extranjeros, “llevados por ese afán pseudohistórico de presentar la obra de España en América manchada por la opresión y tiranía”<sup>57</sup>. También fue bastante común intentar comparar la acción española en el continente con la que llevaron a cabo ingleses y franceses, a los que se acusó de ser mucho más violentos, de tener intereses más codiciosos, y de desatender a la población local, lo que contrastaban con la buena voluntad española, envuelta en paternalismo. Fruto del del creciente intercambio con intelectuales de otros países, a comienzos de los años cincuenta algunos autores sí intentaron conciliar estas posiciones, suavizando el discurso:

“Creo que nos hallamos en una fase declinante del exclusivismo del mal llamado período colonial. Hasta hace muy pocos años, solamente lo relacionado con descubrimientos, conquistas, exploraciones y colonización era el tema preferente y casi único de nuestras tesis doctorales. La leyenda negra ha producido un alud de literatura y de historia polémica. Unos intervenían en la «melée» por puro instinto combativo; otros, por seguir la corriente; algunos, acuciados por hallazgo felices, y no pocos por ansia de originalidad o por un sentido noblemente patriótico.

No debemos lamentarlo; a lo largo de esos años se ha definido y aclarado el tono y el sentido profundamente humano de la obra de España en América. Publicistas e historiadores concienzudos, serios y operantes, han creado un clima de transigencia que permite apreciar

---

<sup>56</sup> Álvaro del Portillo, *Descubrimientos en California* (Madrid: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947), 9-11.

<sup>57</sup> Vicente Rodríguez Casado, *Primeros años de dominación española en la Luisiana* (Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1942).

con limpidez en su conjunto y en sus detalles, en lo bueno y en lo malo, aquel período que es gloria y orgullo de nuestro pueblo”<sup>58</sup>.

A pesar de ello, lo cierto es que el americanismo del Consejo apenas sufrió grandes cambios hasta el final de la dictadura, convirtiéndose en la disciplina más politizada y cercana al régimen dentro de los estudios historiográficos. Como bien reflejan las publicaciones, esta labor editorial no hacía sino ayudar a construir una imagen de la “madre patria” en la que se destacaba su labor cultural y civilizatoria, abordada incluso como destino histórico. Algunos historiadores siguieron definiendo durante largo tiempo a la población local casi como menores de edad, como una raza inferior a la que había que educar, y a la que España llevó la luz de la civilización y la religión:

“Gentes primitivas, sin la acucia de las necesidades que la pródiga naturaleza les llenaba cumplidamente, sin cultivo intelectual, sin comercio que mereciese el nombre, sin trato con otros pueblos o tribus que no fuese el de guerrear, si descartamos las nacionales organizadas de Méjico, Guatemala, Bogotá y los Incas, en que las castas dominantes monopolizaban la cultura a medio abrir, y el montón gregario se desperdigaba, como tropa de monos retozones, por fuerza niños grandes, de entendimiento obtuso o enmohecido. Añádase su encogerse ante la civilización que se les vino encima, deslumbradora y violenta muchas veces: la que derrocó sus imperios, abatió sus caciques, perturbó el ocio paradisíaco de sus perennes areitos y borracheras, entronizó un Dios extraño, leyes y costumbres, caminos y artes de vivir muy otros de los que ellos conocían, a costa de sus sudores, con la contribución de su oro, con la violencia y desenfado que se apropiaba sus hijas y mujeres como quien toma un nido. El hombre blanco, aun desvanecida la primera ilusión que lo bajó del cielo, era para el indígena amedrentado el vigor irresistible, la sabiduría suma, el poder cuasi omnipotente: y el indio se retrajo, se replegó sobre sí, se doblegó ante los huéspedes caídos en sus playas, con el miedo con que se postraba ante sus dioses, sin atreverse a boquear, aun atropellado.

Así es la condición humana, de todos los pueblos y de todas las épocas: así son, han sido y serán todas las conquistas; y más cuando los vencidos llevan en la frente el sello de la barbarie, y en los hechos, indicios para dudar si tras la bronca corteza se esconde, tan escondida, que apenas se trasluce, alma racional. [...] El indio, por temperamento, por hábito y por falta de estímulo, rehusaba cualquier faena: no la necesitó en su sencillez selvática.

[...]

Evidentemente, al llegar la civilización dió [sic] un vuelco al estado social: había que crearlo todo: agricultura, ganadería, artesanía, caminos, puentes, ciudades. Las cabezas directoras fueron los españoles: los brazos habían de ser los indios: por necesidad ineludible, so pena

---

<sup>58</sup> Ciriaco Pérez Bustamante, «Prólogo», en *España y México en el siglo XIX. I. 1820-1830*, ed. por Jaime Delgado (Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1950), XI.

de seguir bárbaro o salvaje aquel mundo. El español obligó, pues, al indio a trabajar, y a trabajar en provecho suyo, de ambos propiamente, aunque el indio no viese sino la parte de león que en aquella implícita sociedad y compañía mutua se llevaba el conquistador o el encomendero”<sup>59</sup>.

Primitivos, bárbaros, selváticos, borrachos... así se definió durante estos años a los indígenas, para contrastar el papel salvador de España, que tuvo que enseñarles elementos tan básicos como la agricultura, la ganadería o la artesanía, como si estas no hubiesen existido ya en el continente antes de su llegada. El autor desgranaba en su libro cómo los reyes crearon la figura del “protector de indios”, a medio camino entre su divinización en ángel de la guarda, y aquel que ostenta la responsabilidad de forjar una nueva raza. El papel de la Iglesia apareció constantemente acompañando a este tipo de discursos, ya que no hay que olvidar que fue uno de los apoyos del régimen, parte esencial en su legitimación de cara al exterior. Así, los límites entre la propaganda, la diplomacia cultural y la labor científica quedaron muchas veces desdibujados, en favor de un proyecto político que se sirvió, en gran medida, de las instituciones académicas.

## Conclusiones

Las páginas anteriores muestran cómo el americanismo que se desarrolló en el seno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas estableció una relación ambivalente con América Latina. Por un lado, fijó entre sus prioridades el pronto restablecimiento de correspondencias científicas, a través de intercambios bibliográficos, atracción de investigadores extranjeros y la colaboración institucional. Por otro, impulsó un discurso desde el paternalismo y la superioridad moral que reforzaba el papel civilizatorio y redentor de España: es la prueba de que la guerra había decantado la balanza hacia el ideario de la Hispanidad frente al hispanoamericanismo, que se vio relegado a las investigaciones llevadas a cabo desde el exilio.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas quiso poner en marcha un nuevo sistema académico y científico que guiase las directrices de la investigación después de la guerra. Para ello, tomó como modelo a la Junta para Ampliación de Estudios, de quien expolió sus recursos materiales y, en parte, también sus proyectos y su capital humano, aunque rechazó plenamente su ideario. Así, resulta significativo el espacio que se otorgó al americanismo en la nueva estructura: de su inclusión tardía y reducida en la JAE se pasó a la instauración de dos centros independientes dedicados a la Historia de América, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo y la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Esto refleja la importancia que le otorgó el nuevo régimen, y su capacidad para copar tanto poder como recursos, materializado en su amplio personal y sus numerosas publicaciones. Sin embargo, la realidad no era tan idílica como puede

---

<sup>59</sup> Constantino Bayle, *El protector de indios* (Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1945), 2-5.

parecer, ya que esta división en dos núcleos, uno madrileño y otro sevillano, reflejaba también los desencuentros del mundo académico por hacerse con el control de las distintas parcelas de poder. De la estructura de sus centros se observa cómo se favoreció cierta interdisciplinariedad y cómo se encaminó la investigación hacia temáticas acordes al nacionalcatolicismo.

La internacionalización se convirtió casi en una necesidad para conseguir la legitimación del régimen de cara al extranjero. En este proceso los organismos científicos tuvieron un papel muy relevante, ya que las colaboraciones entre intelectuales y la presencia en encuentros con investigadores de otros países permitía dar una imagen de cierta normalidad, como si la guerra civil fuera tan solo un paréntesis incómodo que olvidar. Una de las vías para esta normalización fue el intercambio bibliográfico, que permitía dotar de fondos a las bibliotecas del Consejo con las últimas aportaciones en cada disciplina, así como hacer llegar lo que se hacía en España a centros alrededor del mundo. Pero esto no era suficiente, y a pesar de la falta de medios se propiciaron colaboraciones institucionales mediante la creación de nuevos centros, el intercambio de investigadores y la dotación de becas. Más allá del evidente interés científico, era una forma de intentar contrarrestar el peso del exilio, donde los investigadores españoles a los que ya no se daba voz en el sistema español seguían teniendo mucha fuerza, a pesar de encontrarse diseminados en distintos países.

Las publicaciones también reflejan este cruce de intereses. Dentro del campo de la historiografía, tanto las revistas como las monografías dedicadas a América destacaron por su copiosidad, fruto del interés que suscitaban esos temas. También ahí se buscó la presencia internacional, si bien no llegó a ser demasiado representativa. Los discursos impulsados desde sus páginas estuvieron muy próximos a la propaganda política, haciendo uso de una retórica triunfalista, nacionalcatólica y altamente paternalista. Así, los temas privilegiados fueron periodos importantes para construir una imagen gloriosa del pasado español, como la pretendida conquista de América, el periodo virreinal o las misiones. El americanismo mantuvo este proceder prácticamente durante toda la dictadura, a diferencia de otras disciplinas, que sí fueron evolucionando y alejándose de su vertiente más combativa y menos científica.

Puede concluirse que, durante el franquismo, el americanismo fue puesto al servicio de un proyecto político más ambicioso. Esto pudo deberse, en primer lugar, a una estrategia académica, ya que del interés suscitado dependía muchas veces de que se destinase mayor presupuesto, atención y poder a determinados centros. En segundo lugar, es innegable que muchos de los investigadores que estuvieron al frente de estos estudios estaban convencidos ciegamente de los preceptos defendidos en torno a la Hispanidad. No hay que olvidar que, en general, ya los defendían en el periodo anterior a la guerra, cuando no era todavía tan mayoritario. El franquismo les proporcionó el altavoz y los medios necesarios, así como los espacios, con los que no habían contado antes. Propaganda, diplomacia cultural e historiografía

convergió en un deseo comú: hacer del pasado entre España y América “un timbre de gloria” que enalteciese el relato nacional.

## Referencias

- Bernabéu Albert, Salvador y Naranjo Orovio, Consuelo. «Los estudios americanistas y la JAE». En *Tiempos de investigación JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, editado por Miguel Ángel Puig-Samper, 129-134. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.
- Bernabéu, Salvador y Naranjo, Consuelo. *Tierra Firme*. Madrid: Residencia de Estudiantes / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.
- Cañellas Mas, Antonio. «Vicente Rodríguez Casado: las implicaciones políticas del americanismo científico de posguerra». En *Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, coordinado por Antonio César Moreno Cantano, 271-301. Gijón: Ediciones Trea, 2013.
- Cañellas, Antonio y Olivera, César. *Vicente Rodríguez Casado. Pensamiento y acción de un intelectual*. Madrid: Ediciones 19, 2018.
- Claret, Jaume. *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo*. Barcelona: Crítica, 2006.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. *La huella editorial del Instituto de Cultura Hispánica. Ediciones Cultura Hispánica y otras publicaciones: estudios y catálogos (1944-1980)*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores / Fundación Mapfre Tavera, 2003.
- Fernández Rodríguez, Fernando, ed. *El espíritu de La Rábida: el legado cultural de Vicente Rodríguez Casado*. Madrid: Unión Editorial/Asociación de La Rábida, 1995.
- Forcadell, Carlos y Carreras, Juan José. *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza / Marcial Pons, 2003.
- González Calleja, Eduardo y Limón Nevado, Fredes. *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e Imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española*. Madrid: CSIC, 1988.
- González Pizarro, José Antonio. «Ismael Sánchez Bella y su contribución al conocimiento y estudio del derecho indiano». *Revista de derecho* nº 9 (2002): 263-277.
- Hampe Martínez, Teodoro. «Guillermo Lohmann Villena (1915-2005): un gigante de la historiografía americanista». *Historia Mexicana* 55, nº 2 (2005): 673-687.
- López Sánchez, José María. *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006.
- López Sánchez, José María. *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Los libros de la Catarata, 2013.

- López Sánchez, José María y Fernández Gallego, Alba. *A imprenta y tírese: 80 años de la Editorial CSIC*. Madrid: CSIC, 2021.
- Otero Carvajal, Luis Enrique, dir. *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*. Madrid: Editorial Complutense, 2006.
- Otero Carvajal, Luis Enrique, dir. *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*. Madrid: Dykinson / Universidad Carlos III de Madrid, 2014.
- Pallol, Rubén. «La Historia, la Historia del Arte, la Paleografía y la Geografía en la universidad nacionalcatólica». En *La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna*, dirigido por Otero Carvajal, Luis Enrique, 535-684. Madrid: Dykinson / Universidad Carlos III de Madrid, 2014.
- Peiró, Ignacio y Pasamar, Gonzalo. *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*. Madrid: Ediciones Akal, 2002.
- Peset, Mariano. «Un discípulo de Rafael Altamira. José María Ots Capdequí». *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas. UNAM* 5, nº 15 (1990, septiembre-diciembre): 459-470.
- Peset, Mariano. «Tres historiadores en el exilio. Rafael Altamira, José María Ots Capdequí y Claudio Sánchez-Albornoz». En *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial. V Coloquio sobre Historia Contemporánea de España*, dirigido por José Luis García Delgado y Manuel Tuñón de Lara, 211-244. Madrid: Siglo XXI, 1989.
- Peset, Mariano. «José María Ots Capdequí, un historiador con vocación americanista». En *Republicanos en la memoria: Azaña y los suyos*, coordinado por Egado, Ángeles, 227-242. Madrid: Eneida, 2006.
- Sánchez Ron, José Manuel. *El Consejo Superior de Investigaciones Científicas: una ventana al conocimiento (1939-2014)*. Madrid: CSIC, 2021.
- Vélez, Palmira. *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Madrid: Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2007.
- Vila, Enriqueta. «Don Guillermo Lohmann Villena». *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, nº 34 (2006): 247-254.

### Fuentes primarias

- Abascal y Sousa, José Fernando de. *Memoria de Gobierno. Tomo I*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1944.
- Amat y Junient, Manuel de. *Memoria de gobierno del virrey Amat*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947.
- Ballesteros Beretta, Antonio. «Proemio». *Revista de Indias*, nº 1 (1940): 5-8.
- Bayle, Constantino. *El protector de indios*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1945.
- Bermúdez Plata, Cristóbal. *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Volumen I: (1509-1534)*. Sevilla: CSIC / Patronato Menéndez Pelayo / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1940.

- Bermúdez Plata, Cristóbal. *Catálogo de documentos de la Sección Novena. Volumen I. Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Luisiana, Florida y México*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1949.
- Carvajal y Robles, Rodrigo de. *Fiestas de Lima por el nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos. Lima 1632*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1950.
- CSIC. «Editorial». *Anuario de Estudios Americanos* 1 (1944): 9-12.
- Ganivet, Ángel. *Idearium español*. Granada: Viuda e hijos de Sabatel, 1897.
- Gómez del Campillo, Miguel. *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos según los documentos del Archivo Histórico Nacional. Vol. I y II*. Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944.
- Guillén, Julio F. *El primer viaje de Cristóbal Colón*. Madrid: CSIC / Instituto Histórico de Marina, 1943.
- Ibáñez Martín, José. «Alocución del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín». *Revista de Indias*, nº 1 (1940): 9-13.
- Jurado Palomino, Bartolomé. *Catechismus Quichuensis*. Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1943.
- Maeztu, Ramiro. *Defensa de la Hispanidad*. Madrid: Gráfica Universal, 1934.
- Marco Dorta, Enrique. *Fuentes para la Historia del Arte Hispanoamericano. Tomo I*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1951.
- Mateos, Francisco. *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española en la América meridional*. Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1944.
- Pérez Bustamante, Ciriaco. «Prólogo». En *España y México en el siglo XIX. I. 1820-1830*, editado por Delgado, Jaime, XI. Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1950.
- Portillo, Álvaro del. *Descubrimientos en California*. Madrid: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947.
- Rodríguez Casado, Vicente. *Primeros años de dominación española en la Luisiana*. Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1942.
- Santos, Ángel, S.I. *Jesuitas en el Polo Norte. La misión de Alaska*. Madrid: CSIC / Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1943.
- Trujillo, Diego de. *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú*. Sevilla: CSIC / Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948.